

EN BUSCA DE LA UTOPIÍA

ARTHUR KOESTLER

EN BUSCA DE LA UTOPIA

MEMORIAS, NOVELAS Y ENSAYOS
POLÍTICOS, SELECCIONADOS
Y COMENTADOS POR EL AUTOR

Traducción de
Luis González Castro

PÁGINA INDÓMITA

Título original: *Bricks to Babel. Book One: In Search of Utopia*

© Arthur Koestler, 1980, publicado bajo acuerdo
con The Estate of Arthur Koestler

© de la traducción, Luis González Castro

© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano

Ilustración de cubierta: Victor Weisz

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición: marzo de 2016

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-943664-9-9

Depósito legal: C-107-2016

A Cynthia

Pero el señor de Pontverre, a pesar de ser un buen hombre, no era ciertamente un virtuoso; al contrario, era un entusiasta.

ROUSSEAU, *Confesiones*

ÍNDICE

ADVERTENCIA	15
PREFACIO	17
PRIMERA PARTE. LA TIERRA PROMETIDA	25
1. Flecha en el azul	27
2. La vida en el kibutz en los años veinte	37
3. Los cuernos del dilema	49
4. El veneno de la santidad	69
SEGUNDA PARTE. LA TIERRA DE LA PROMESA	77
5. Del monte de los Olivos a Montparnasse	79
6. La reverencia del chino	89
7. Desdichados sean los pastores	99
8. La visión prometeica	109
9. El universo expansivo	117
10. Cómo convertirse en un espía fracasado	125

11. Un viajero con anteojeras	151
12. Prisionero en España	181
13. Un momento decisivo	203
TERCERA PARTE. EL FRACASO DE UN ÍDOLO	225
14. Los gladiadores	227
15. El cero y el infinito	279
Del diario de N. S. Rubashov, durante su quinto día de prisión	284
16. Llegada y partida	315
El Juicio Final	322
CUARTA PARTE. MILITANTE EN LA GUERRA FRÍA	333
17. Cómo convertirse en inglés	335
La escritura invisible: Epílogo	338
18. El yogui y el comisario	347
Del Prefacio de la edición <i>Danube</i> (1965)	348
Las tentaciones del novelista	349
El yogui y el comisario I	355
Por qué cuesta creer en las atrocidades	358
Caballeros de armaduras oxidadas	359
La fraternidad de los pesimistas	360
19. El derecho a decir <i>no</i>	367
El desafío de nuestro tiempo	367
Las siete falacias mortales	373
Dos métodos de acción	380
Un dilema sobrepasado	383
Manifiesto del Congreso por la Libertad Cultural	394

Por una Legión Europea de la Libertad	401
20. Los buenos samaritanos	409
21. En memoria de George Orwell	417
22. La época del anhelo	423
QUINTA PARTE. EL NACIMIENTO DE UNA NACIÓN	435
23. Pompeya al revés	437
24. En la encrucijada	449
Judá en la encrucijada	450
25. La decimotercera tribu	477
Sumario	485
Algunas implicaciones: Israel y la diáspora	487
POST SCRIPTUM	493
ÍNDICE ONOMÁSTICO	499

ADVERTENCIA

El presente volumen contiene la primera parte de *Bricks to Babel*, la antología que el propio Arthur Koestler preparó unos años antes de su muerte. Dada la extensión de esta antología, para la edición española se ha optado por la publicación de sus dos partes en volúmenes independientes, que corresponden a dos periodos claramente diferenciados en la vida y la obra del autor, el primero de ellos centrado en la política y el segundo en la filosofía y la ciencia. El prefacio incluido en este primer volumen corresponde al conjunto de la obra.

PREFACIO

Este libro pertenece a la categoría conocida como *antología*, que el *Concise Oxford Dictionary* define del siguiente modo: «volumen que contiene varios cuentos, piezas, etc., de un mismo autor, publicado a un bajo precio [sic] y al alcance de todos».

Por lo general, estos libros son recopilados por un editor que selecciona los temas y hace los comentarios. En el presente caso, ha sido el propio autor quien ha realizado la selección y los comentarios. Siguiendo con la metáfora, esta antología es como una visita guiada, en la que el autor actúa como guía, señala los puntos de interés y decide dónde detenerse para un examen más profundo.

Al principio, el proyecto me pareció sensato; al fin y al cabo, nadie mejor que el autor conoce el paisaje que ha de cubrir la visita, su historia y sus bellezas ocultas. Pero pronto descubrí que el combustible de la antología estaba racionado: solo podía cubrir una parte del paisaje. Lo demuestra un simple cálculo. Los 30 libros publicados hasta la fecha suman más de 10000 páginas. Los dos volúmenes de esta selección, para ser accesibles, deberían rondar las 1000. Esto significa que solo podía incluirse un pequeño porcentaje, y, lo que es peor, que había que excluir el resto.

El proceso de selección y eliminación no fue fácil. En primer lugar, el trabajo tenía que dividirse en dos partes de extensión similar, el «Libro Primero» y el «Libro Segundo», que corresponden a los dos periodos claramente diferenciados en la vida y la obra del autor. El primero, *En busca de la utopía*, tiene como tema central la política; el segundo, *En busca de lo absoluto*, está dedicado a temas científicos y filosóficos. Este cambio vocacional ocurrió cuando yo casi tenía 50 años. Fue bastante insólito para una época de especialización y condujo a consecuencias extrañas. Así, a veces me encuentro con jóvenes que en la universidad han leído *Los sonámbulos* o algún otro libro sobre filosofía natural escrito tras el «cambio vocacional», pero que no tienen la más remota idea de que el mismo autor ha publicado novelas políticas. Por otra parte, me he topado con personas de mayor edad que han leído una novela titulada *El cero y el infinito*, pero que nunca han oído hablar de los libros escritos durante el segundo periodo. A veces me parece como si hubiese sufrido un cambio de sexo. No obstante, uno de los principales propósitos de esta antología consiste en reflejar la inseparabilidad de las «dos culturas» y la búsqueda de una síntesis que revele la estructura unitaria que subyace a ambas.

Otro punto que conviene aclarar es que una antología no es una autobiografía, sino una selección de escritos. Sin embargo, en el caso que nos ocupa los escritos incluyen cuatro volúmenes autobiográficos: *Diálogo con la muerte (Testamento español)*, *Escoria de la Tierra*, *Flecha en el azul* y *La escritura invisible*. Los he descrito como «la típica historia clínica de un miembro de las clases medias educadas de Europa Central, nacido en los primeros años de este siglo», y en ello reside su valor documental. Esto explica también la razón por la que los extractos de *Flecha*

en el azul y de *La escritura invisible* ocupan un espacio relativamente amplio. Pero hay que recordar que fueron escritos cuando el autor tenía aún cuarenta y tantos años, mientras que ahora tiene más de 70. Por lo tanto, esos primeros años son como una de esas muñecas rusas contenidas en una muñeca más grande, que a su vez se halla dentro de otra mayor, y así sucesivamente.

La escritura invisible termina cuando el autor huye de la Francia ocupada y llega a Inglaterra, en 1940, a la edad de 35 años. Mis amigos y editores me han recomendado repetidas veces que continúe mi autobiografía. Lo que ocurre es que a partir de 1940 mi vida dejó de ser una «típica historia clínica» y carece de interés para cualquier tipo de público, por lo que preferí concentrarme en una selección de las obras publicadas. De ahí este volumen.

El doloroso proceso de selección y eliminación se hizo mucho más sencillo una vez que decidí reducir al mínimo los textos polémicos. Una parte considerable de *The Ghost in the Machine* (*El espíritu de la máquina*), *Jano* y otras obras está dedicada a una polémica contra el conductismo de Skinner y contra las insuficiencias de la teoría neodarwinista de la evolución, y pensé que, a la larga, no importaría mucho si estas partes críticas eran omitidas —excepto algunos comentarios ocasionales—, puesto que esas doctrinas ortodoxas se están derrumbando, y en una o dos décadas se habrán desvanecido en el limbo, como ha sucedido con otras ortodoxias en el pasado. Sin embargo, lamento que en este proceso de eliminación algunos temas a los que yo tenía aprecio —con o sin razón— hayan tenido que quedar a un lado, incluido todo un libro: *The Case of the Midwife Toad* (*El abrazo del sapo*). Dicho libro refutaba algunas arrogantes tesis neodarwinistas

—por ejemplo, la que sostiene que la evolución, desde la ameba hasta el hombre, puede explicarse de modo satisfactorio mediante las mutaciones azarosas y la selección natural— y defendía una reivindicación parcial de la tesis de Lamarck sobre la herencia de ciertos caracteres adquiridos: en otras palabras, que la evolución depende de experiencias acumuladas y no de un juego de azar ciego.¹

El conflicto entre el orden cronológico y la unidad temática no ha sido fácil de resolver. En este Libro Primero (*En busca de la utopía*), se conserva cierto orden cronológico; aun así, las partes Primera y Quinta, ambas sobre el mismo tema, han tenido que ser separadas para evitar confusiones. Por el contrario, algunos capítulos del Libro Segundo (*En*

1. En el momento en que este volumen va a imprenta, el *establishment* científico se ha visto sacudido por los experimentos de un joven inmunólogo australiano, E. J. Steele, que parecen confirmar que la inmunidad adquirida por ratones contra ciertas enfermedades puede transmitirse de una generación a la siguiente. El libro de Steele, *Somatic Selection and Adaptive Evolution*, lleva el provocativo subtítulo de «Sobre la herencia de los caracteres adquiridos». A pesar de ello, los resultados de Steele fueron publicados en las Actas de la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos y en importantes publicaciones científicas, siendo también avalados por varios ganadores del Premio Nobel de Biología, entre ellos sir Peter Medawar, quien escribió que, de ser confirmados, «representarían uno de los hitos más importantes de la historia de la biología». Fue para mí un motivo de sorpresa y alegría el hecho de que Steele escribiera en su prefacio que lo que le había inducido a emprender sus revolucionarios experimentos había sido un libro mío: «Cuando terminé de leer el libro más reciente de Koestler, *Jano*, su filosofía me proporcionó la inspiración necesaria para enfrentarme, de manera racional, con la insatisfacción que siempre me produjo la convencional explicación darwiniana de la evolución». Menciono este episodio, a manera de ejemplo, para que se vea que en ocasiones los transgresores pueden desempeñar una función útil y que los zapateros no tienen siempre que atenerse a sus zapatos.

busca de lo absoluto) son mosaicos —o *collages*— sobre un mismo asunto, formados por libros escritos con años de diferencia.

Otro problema ha sido el del equilibrio. La solución procustiana, consistente en seleccionar un pasaje de la misma longitud de cada uno de los libros citados, no resultaba practicable. Algunas de las novelas ya transmitían un episodio en sí mismo, otras —*Los gladiadores*, por ejemplo— requerían extractos mucho más largos para transmitir algo de su atmósfera. Lo mismo sucedía con los libros de ensayo; estos problemas podían solucionarse parcialmente empleando algunas de mis obras que incluyen resúmenes y extractos de libros anteriores. Pero en otros casos esta técnica no podía aplicarse; por ejemplo, el extracto de *Reflexiones sobre la pena de muerte*, que a primera vista puede parecer desproporcionadamente largo, perdería su impacto —si es que lo tiene— en caso de reducirlo y presentarlo sin sus detalles. Así pues, la cantidad de espacio dedicada a los temas no refleja necesariamente la importancia que les atribuye el autor, sino que ha venido determinada por la naturaleza del material.

Debo pedir disculpas al lector por las repeticiones ocasionales que resultan inevitables. Los comentarios del autor, escritos entre 1979 y 1980, vienen en cursiva.

PRIMERA PARTE
LA TIERRA PROMETIDA

I
FLECHA EN EL AZUL

Nací en Budapest, en el quinto año de este siglo, hijo único de padre húngaro y madre vienesa. Mi padre era un próspero industrial hasta su bancarrota durante la inflación que siguió a la Primera Guerra Mundial. Hasta 1914 vivimos en Budapest; durante los años de la guerra residimos, entre otros lugares, en Viena, y una vez acabado el conflicto nos instalamos de modo permanente en dicha ciudad.

Mi infancia y mi juventud son descritas en Flecha en el Azul. El siguiente extracto es un resumen de los capítulos VI y XII.

Se dice que John Stuart Mill escribía versos en latín a la edad de tres años. Aunque no puedo ofrecer una proeza tan impresionante, recuerdo con fidelidad mis primeras palabras en francés, también pronunciadas cuando tenía tres años. Iban dirigidas a una nueva institutriz y consistieron en esta lacónica declaración: «*Mademoiselle, pantalons mouillés*».

Yo aprendía ávidamente, leía con voracidad y desarrollaba una temprana pasión por las matemáticas, la física y la construcción de juguetes mecánicos. A los 10 años me convertí en un experto en cambiar fusibles y reparar

lámparas eléctricas, y, cuando poco después construí un submarino que navegaba en nuestra bañera, se decidió, de acuerdo con mis propios deseos, que debía estudiar ingeniería y física. Así pues, al terminar la escuela elemental fui enviado a la *Realschule*, a la que asistí durante los siete siguientes años, primero en Hungría y luego en Austria. En el sistema educativo de la monarquía austrohúngara había tres tipos de escuelas secundarias para los alumnos comprendidos entre los 10 y los 18 años de edad: el *Gymnasium*, que servía de preparación para los estudios de humanidades, con énfasis en el latín y el griego; la *Realschule*, que se especializaba en ciencias y lenguas modernas, y el *Realgymnasium*, una mezcla de ambos. Yo asistí a la *Realschule* que me iba como anillo al dedo.

Desde mi infancia hasta mi época de universitario, las matemáticas y las ciencias representaban mis principales intereses, y el ajedrez mi pasatiempo favorito. La geometría, el álgebra y la física me fascinaban particularmente, ya que — más o menos como los pitagóricos y los alquimistas — estaba convencido de que en estas disciplinas se encontraba la clave del misterio de la existencia. Creía que los problemas del universo estaban ocultos en una especie de secreto bien definido, como la combinación de una caja fuerte o la piedra filosofal. Dedicarme a la solución de este secreto me parecía la mejor razón para vivir.

Resulta difícil transmitir el deleite y la excitación que un niño siente al penetrar los misterios del triángulo pitagórico, las leyes del movimiento planetario de Kepler o la teoría cuántica de Planck. Se trata de algo parecido a la excitación del explorador cuya meta, a pesar de ser limitada y especializada, siempre recibe el impulso de una esperanza inconsciente y casi infantil de toparse con el misterio absoluto. Las galeras fenicias navegaban por mares desco-

nocidos en busca de las Columnas de Hércules, y tal vez incluso el capitán Scott tuvo inconscientemente la esperanza de que en el Polo Sur existiese un agujero, donde el eje de la Tierra girase sobre cojinetes de hielo. Desde los observadores de estrellas de Babilonia hasta los artistas-científicos del Renacimiento, el deseo de explorar ha sido uno de los impulsos vitales del hombre, e incluso en la época de Goethe habría resultado tan chocante oír decir a una persona educada que no le interesaba la ciencia como que le aburría el arte. El creciente número de datos y la especialización de la investigación han agotado gradualmente este interés, convirtiéndolo en monopolio de técnicos y especialistas. A partir de mediados del siglo XIX, la física, la química, la biología y la astrofísica empezaron a perder importancia dentro de la educación general. No obstante, en la época previa al relativismo aún era posible para el no especialista mantenerse al día sobre el desarrollo general de la ciencia. Yo crecí en los últimos años de esta época, antes de que la ciencia se hiciera tan formal y abstracta, y desapareciera del alcance de los legos.

Los héroes de mi juventud eran Darwin y Spencer, Kepler, Newton y Mach; Edison, Hertz y Marconi; los Buffalo Bill de las fronteras del descubrimiento. Y mi Biblia era *Die Weltraetsel*, de Haeckel. En este popular vademécum de finales de siglo se enumeraban siete «enigmas del universo»; de ellos, seis parecían «definitivamente resueltos» —incluidos la Naturaleza de la Materia y el Origen de la Vida—, mientras que el séptimo, la cuestión de la Libertad de la Voluntad, era declarado «un simple dogma, basado en una ilusión, que no tiene una verdadera existencia».

A los 14 años resultaba muy reconfortante saber que todos los problemas del universo habían sido soluciona-

dos. Sin embargo, aún había una duda en mi mente, ya que la paradoja del infinito y la eternidad no había sido incluida en la lista, al parecer por falta de atención.

Infinito y eternidad: eso era lo que me hacía reflexionar. Un día, durante las vacaciones estivales de 1919, estaba acostado boca arriba bajo el cielo azul, en una colina de Buda. Tenía los ojos llenos de ese color azul ininterrumpido, interminable, transparente, complaciente y saturado que estaba encima de mí y sentí una exaltación mística, uno de esos estados de iluminación espontánea tan frecuentes en la infancia y que se hacen cada vez más raros a medida que pasan los años. En medio de ese estado beatífico, la paradoja de la infinitud del espacio me aguijoneó súbitamente el cerebro, como si me hubiese picado una avispa. Uno podía disparar una superflecha hacia el infinito con una superfuerza que la llevaría más allá del campo de gravedad de la Tierra, más allá de la Luna, más allá de la atracción del Sol... Y ¿entonces qué? Atravesaría el espacio interestelar, pasaría otros soles, otras galaxias, vías lácteas, vías melosas, vías ácidas... ¿Y luego qué? Continuaría, dejaría atrás la nebulosa espiral, y más galaxias y más nebulosas espirales, y no habría nada que la detuviera, ningún límite ni ningún fin, en el espacio y en el tiempo... Y lo peor era que no se trataba de una fantasía, sino de la realidad. Era una auténtica tortura para el cerebro. El cielo no debería tener esa apariencia tan azul y limpia si su sonrisa escondía este terrible secreto que no estaba dispuesto a transmitir, al igual que los adultos que lo volvían a uno loco con sus sonrisas cuando estaban decididos a conservar un secreto, negando cruelmente y sin ley alguna el derecho más sagrado: el derecho a saber. El derecho a saber era evidente en sí mismo e inalienable —de lo contrario, nuestra existencia, con ojos para ver y mente para pensar, carecía de sentido.

La idea de que el infinito seguiría siendo un problema sin solución resultaba insoportable. Más aún cuando pensaba que yo había aprendido que una cantidad finita, como la Tierra —o yo mismo recostado sobre ella—, se reducía a cero al ser dividida por una cantidad infinita. Así, matemáticamente, si el espacio era infinito, la Tierra era cero, yo era cero, la duración de nuestra vida era cero y un año y un siglo eran cero. Todo eso carecía de sentido, tenía que haber un error de cálculo en alguna parte. Y obviamente, la solución del problema debía encontrarse en la lectura de más libros sobre gravedad, electricidad, astronomía y matemáticas superiores. ¿No había prometido Haeckel que el último problema sería resuelto en unos cuantos años? Tal vez yo había sido elegido para resolverlo. Esto me parecía sumamente probable, ya que nadie parecía tan excitado como yo con la cuestión de la flecha y el espacio.

La sed de lo absoluto es un estigma que marca a aquellos que no están satisfechos con el mundo relativo del aquí y el ahora. Mi obsesión con la flecha fue la primera fase de una pesquisa. Al comprobar que la empresa era inútil, el Infinito fue reemplazado por utopías de diferentes tipos. Fue esa misma búsqueda la que me condujo a la Tierra Prometida y al Partido Comunista.

Tengo una imagen muy vívida de la flecha partiéndose longitudinalmente en dos. Ambas mitades continúan su vuelo en direcciones divergentes: una de ellas simboliza la acción; la otra, la contemplación. Recuerdo con claridad el momento. Sucedió una mañana de la primavera de 1924. Estaba sentado en un banco del *Volksgarten*, uno de los encantadores parques vieneses, con una pila de libros junto a mí. Encima de ellos había un panfleto sobre los más recientes disturbios árabes en Palestina, lleno de terribles de-

talles sobre niños pasados por la espada como en los tiempos de Herodes, sobre inmigrantes judíos que eran asesinados tras haber sido cegados y castrados, sobre la pasividad de las autoridades británicas que no permitían que los judíos se armaran para defenderse.

Mientras leía el panfleto, sentí que me ahogaba en la rabia impotente. Como la mayor parte de las personas que sufren de indignación crónica —igual que otras sufren de indigestión crónica— podía sentir, durante el ataque, la descarga de adrenalina en el torrente sanguíneo, la tensión de los músculos listos para la acción violenta. Según sea el caso, uno puede empezar a temblar, o adoptar una postura colérica, o escribir un panfleto revolucionario o provocarse una úlcera. Cuando acabé de leer el panfleto, y tras calmarme un poco, caí en una de mis ensoñaciones habituales, en la que dedicaría mi vida a la causa de los perseguidos, convirtiéndome en combatiente y escritor de libros que sacudirían la conciencia del mundo.

Aún sumergido en el sueño abrí el siguiente libro en la página marcada. Se trataba de la introducción de Hermann Weyl a la teoría de la relatividad de Einstein. De repente, una frase me causó una gran impresión, y ha permanecido grabada en mi memoria desde entonces. La frase decía que la teoría de la relatividad general conducía a la imaginación «a través de los picos de los glaciares que nunca antes habían sido explorados por ningún ser humano». Vi cómo la revolucionaria fórmula de Einstein —la energía es igual a la masa multiplicada por la velocidad de la luz al cuadrado— formaba una extraña neblina sobre los glaciares, y esta imagen me produjo una sensación de tranquilidad y paz infinitas. Los martirizados pioneros de la Tierra Santa se redujeron a la insignificancia. Había que contemplar el destino de esos desdichados con la misma

actitud serena, desapegada y meditativa con la que se observan las estrellas al estallar en novas, las erupciones de las manchas solares o la decadencia de los bosques hasta convertirse en pantanos. Este cambio de perspectiva vino acompañado de un cambio fisiológico. A la sensación de ahogante indignación le sucedió una quietud relajada, la tranquilidad del «sentimiento oceánico».¹

Todo esto suena bastante ampuloso, ya que hablar de desdoblamiento de nuestra personalidad resulta una forma especial de vanidad, en particular para los centroeuropeos alimentados por la frase de Goethe: «Dos almas, ¡ay!, habitan mi pecho». Pero si he de ser sincero, debo enfatizar la existencia separada de estas «dos almas», ya que la división permaneció en mí, y el tira y afloja resultante es uno de los repetidos *leitmotifs* de la presente obra. Esta división se refleja en los antitéticos títulos de varios libros: *El yogui y el comisario*, *Discernimiento y perspectiva*, *El cero y el infinito*. *Arrival and Departure (Llegada y partida)*, etcétera.

A la edad de 20 años, uno antes de graduarme en el Politécnico de Viena, abandoné mis estudios y me convertí en lo que en la jerga actual se llama un desertor escolar. La decisión fue súbita, y su motivación, vista en retrospectiva, no parece diferir mucho de los impulsos en apariencia irracionales de los jóvenes de las últimas dos décadas. El común denominador es la sensación del absurdo, de vivir en un mundo que carece de sentido. Teniendo esto en cuenta, quizás el siguiente extracto de Flecha en el azul (capítulo XV) parezca menos extraño:

1. Término acuñado por Romain Rolland y empleado por Freud para referirse a la experiencia mística o religiosa.

Una noche de octubre de 1925, llegué a casa muy tarde, tras una larga discusión sobre el libre albedrío y el determinismo con un estudiante ruso llamado Orochov. Este era socialista, y la mejor encarnación de un personaje de Dostoievski que yo haya visto: parecía haber surgido directamente de *Los endemoniados*. Era feo, cordial, atormentado y sincero. Un año más tarde, para escapar de las garras de la miseria, se suicidó durante la noche, arrojándose desde un puente al Danubio congelado.

Durante esa discusión en su vacío cuarto, Orochov había defendido empecinadamente la posición determinista, mientras que yo había sostenido que, dentro de ciertos límites, el hombre tiene libertad de decisión y un dominio absoluto de su destino. No habíamos tomado alcohol, tan solo enormes cantidades de té aguado, pero salí de allí sintiéndome borracho y exaltado. Llovía con fuerza y, como no llevaba sombrero ni paraguas, me alegró empaparme y dejar que la lluvia entrara por mi cuello, se deslizara por mi columna vertebral y me causara un escalofrío. Las calles estaban desiertas. Llegué a casa y, en un estado de gran exaltación, encendí una cerilla y lentamente quemé mi libro de matriculación. Este documento, llamado *Index* en Austria, constituía el pasaporte sagrado del estudiante; en él se hallaban anotados los exámenes que había pasado, los cursos a los que había asistido y otros importantes detalles relacionados con sus estudios. Al quemar mi *Index*, quemaba literalmente mis naves y mi futura carrera como ciudadano respetable y miembro de la profesión de ingeniería.

El motivo de este acto de aparente locura fue un súbito enamoramiento de la irracionalidad misma. La discusión con Orochov me había llevado a un estado que solo puedo describir como un grave *shock* de «sensación oceá-

nica», y en esas condiciones todos los valores se invierten. Que la razón fuera un absurdo me pareció una verdad evidente en sí misma. Ya Kant había demostrado que la razón debe abdicar frente a los problemas que realmente cuentan, como la eternidad y el infinito. Einstein le había dado el *coup de grâce* al sentido común. Freud, en una esfera diferente, había completado el proceso. La inflación, con precios de mil coronas por un pedazo de pan, había reducido las normas económicas a un total absurdo. El final del viejo G había mostrado adónde conduce una vida guiada por la razón hogareña y la respetabilidad. La vida era un caos, y embarcarse en una carrera razonable en medio del caos resultaba una locura. Todo esto puede parecer intelectualmente endeble, pero en esa época yo lo sentía muy intensamente, tanto es así que las personas que ordenaban sus vidas según los dictados de la razón me parecían dignas tan solo de desprecio y compasión.

No tenía más planes que «llevar mi propia vida». Para lograrlo tenía que «salirme de los caminos trillados», caminos metafóricos que yo veía como una interminable extensión de rieles de acero sobre travesaños podridos. Uno nacía en cierta vía, al igual que un tren funciona según su horario, y, una vez en la vía, ya no tenía libre voluntad. La vida estaba determinada, como mantenía Orochov, por fuerzas exteriores: los rieles de acero, las estaciones, los puntos de maniobra. Si uno aceptaba esas condiciones, el hecho de correr sobre rieles se convertía en un hábito que ya no se podía romper. La cuestión era saltar fuera de la vía antes de que se formara el hábito, antes de quedar encerrado en una prisión que traquetea.

Mis padres eran ambos de origen judío, pero estaban totalmente alejados de la tradición y la religión judías, y yo fui

educado en el mismo espíritu liberal de asimilación. Sin embargo, durante mi época universitaria ingresé en una organización del sionismo extremista y me convertí en uno de los fundadores de la Liga de Activistas Sionistas de Jabotinsky.² Así pues, llegué al judaísmo desde el exterior, por así decirlo, como voluntario y no como víctima de la persecución.

Unos meses más tarde abandoné mis estudios y me dirigí a Tierra Santa para unirme a uno de los primeros kibbutzs, Heftziba, en el monte Gilboa, para labrar el suelo de la utopía.

La fraternidad estudiantil en pleno apareció vestida con gran colorido en la plataforma de la estación, y cantó el himno sionista. Luego sonó la música más hermosa que puede oír un joven que se dirige hacia la aventura: el pitido y los ruidos del tren al salir de la estación.

2. Que posteriormente daría origen al movimiento terrorista de Beguín, el Irgún.